

incluyendo —sobre todo la contabilidad y la correspondencia— los de unas doce haciendas. Sin embargo, como el mismo autor indica, la validez de la obra abarca casi únicamente la región Puebla-Tlaxcala-Hidalgo. Los datos de Yucatán, Chihuahua y otras regiones desempeñan en esta obra sólo un papel complementario. Pero en relación con la mencionada parte del altiplano central, esta obra es, en mi opinión, la mejor que existe sobre el tema del peonaje.

Jan BAZANT
El Colegio de México

Manuel CEBALLOS RAMÍREZ: *El catolicismo social: un tercero en discordia, Rerum Novarum, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*. México: El Colegio de México, 1991, 447 pp. ISBN 968-12-0494-8.

El catolicismo es un objeto fundamental de estudio para entender la historia de México. Por lo general, los investigadores han considerado de manera monolítica y genérica lo que suelen llamar "la Iglesia". La obra que nos ofrece Manuel Ceballos rompe con lugares comunes y renueva la mirada sobre un actor religioso, político y social considerado desde un punto de vista tanto epistemológico como plural. Para Ceballos Ramírez, la Iglesia no es una institución homogénea. Está sometida a la constante interacción de grupos e intereses diversos. Su actuación se explica por la relación de fuerza que tejen estos grupos de intereses en conflicto o en tensión. Además, para el autor, la acción clerical no se reduce a la de los clérigos; el otro polo fundamental de la relación de fuerza lo constituyen los laicos.

Partiendo de estas premisas, Ceballos estudia uno de los grupos de católicos que tuvo una influencia decisiva para la renovación católica de finales del siglo XIX: los católicos sociales. El autor escoge un periodo particularmente significativo para acercarse a su objeto, los años que van de la promulgación de la encíclica *Rerum Novarum* (1891) al triunfo de la revolución maderista en 1911. Durante estos veinte años, la dinámica del campo religioso católico mexicano se modificó por la irrupción de los católicos sociales inspirados en la *Rerum Novarum*.

Se trata de una corriente que el autor opone a otras que confor-

maron el espacio político-religioso católico: los tradicionales, los liberales y los democráticos. Los primeros, son la vieja guardia de la intransigencia antiliberal; los segundos, por el contrario, son los conciliadores con el régimen porfirista y los últimos, buscaron reconciliar catolicismo y modernidad democrática. Con éstos, los católicos sociales compartieron la búsqueda de una participación en la vida política partidista de la democracia cristiana; a la vieja intransigencia añadieron la cuestión social para constituir lo que Émile Poulat llama “el catolicismo integral”.

Lo que Ceballos reconstruye es la renovación integralista católica que logró la participación de un clero que hasta entonces se mantenía al margen de la cuestión social y que estimuló a los laicos católicos a participar en los desafíos de su tiempo. Este despertar católico tuvo su geografía propia, el centro-oeste del país, donde la cultura católica se encontraba profundamente arraigada desde la colonia. Tuvo también manifestaciones que el autor analiza con mucha minucia: los ciclos de los congresos y de las semanas católicas donde, durante la primera década del siglo XX, se sostuvo la reflexión y la acción de los católicos sociales. A través de esta renovación integralista, el autor muestra el enorme proceso de reconquista de la sociedad civil bajo la conducción del catolicismo social. Mientras la vieja intransigencia estaba a la defensiva frente al liberalismo, los católicos sociales pasan a la ofensiva con la ampliación de la red escolar católica, la fundación de círculos católicos, de agrupaciones laborales, de una prensa católica. Este catolicismo sociopolítico, como lo llama el autor, alcanzó su máximo apogeo en el momento preciso de la crisis del estado porfirista. Por lo tanto, entró en ella bien armado del potente instrumento conformado por las instituciones nacionales católicas: los operarios guadalupanos, la prensa católica, las cajas Raffeisen, el centro Ketteler, el círculo católico nacional y, finalmente, el partido católico nacional.

Entre las cuatro corrientes que animaron el catolicismo mexicano de principios de siglo, la corriente social fue minoritaria y de constante confrontación con los tradicionalistas y con los liberales. Por eso se trató de un “tercero en discordia”, con un papel de movilizador, pero cuyos límites fueron impuestos, a fin de cuentas, por las jerarquías eclesásticas. En este sentido, el estudio de Ceballos subraya una constante en la actuación católica: la necesaria sujeción de las corrientes renovadoras a la continuidad del modelo de poder y de sociedad defendido por la doctrina social católica. Este límite muestra a los católicos sociales como funcionales, en

una jerarquía que supo utilizarlos para reconquistar a la sociedad civil, pero los mantuvo bajo control para evitar los excesos democráticos que hubieran puesto en tela de juicio la misma estructura católica de poder.

Basada en fuentes eclesiásticas nuevas o poco exploradas, con un amplio uso de los archivos políticos del periodo y una rica hemerografía, la monografía que ofrece Ceballos se vuelve un instrumento indispensable para entender la vida política del final del porfiriato y las causas por las cuales Madero encontró un catolicismo abierto dispuesto a contribuir a una modernidad política sin exclusión de los católicos. El hincapié que hace el autor sobre las diversas corrientes católicas en tensión nos permite entender también el fracaso de los católicos sociales para reforzar el proyecto democrático maderista, lo que excluiría a los católicos de la vida política por un largo tiempo. Pero este fracaso, ¿no estaría inscrito en la lógica misma del integralismo católico?

De hecho, a mi parecer, un esfuerzo conceptual mayor hubiera permitido aclarar mejor el ambiguo proyecto de los católicos sociales. Ceballos hace un uso poco feliz del concepto de “catolicismo sociopolítico” para designar las corrientes renovadoras. Este concepto puede prestarse a confusión al poner la mista etiqueta a aspectos distintos de la acción política católica. Cabría distinguir el catolicismo político de la política católica. El catolicismo político buscó asegurar ciertos derechos y libertades para la institución católica en el seno del Estado constitucional moderno. Ésta fue la meta de los católicos liberales. En cambio, el catolicismo social fue portador de otro proyecto, el de reestructurar la vida pública de acuerdo con el espíritu católico. En este sentido, tanto los católicos sociales como los intransigentes fueron portadores de un proyecto político católico. Por lo tanto, catolicismo político y política católica no son lo mismo. En esta distinción reside la clave para explicar la ambigüedad de la actuación de los católicos sociales y de las demás corrientes “sociopolíticas” en el maderismo, como después en el transcurso del proceso revolucionario. Este “tercero en discordia”, lejos de ser un agente de modernización política fue portador e instrumento de una política católica. Por eso fue combatido, posteriormente, por las corrientes revolucionarias que tal vez sí hubieran podido convivir con un catolicismo político renovado.